

ALSENCIAS

KAROL MARCELA CÁRDENAS



TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE
MAGÍSTER EN ARTES

PRESENTES



USTED
 ESTÁ A PUNTO DE ABORDAR
 LA LECTURA DE MI PROCESO DE INVESTIGACIÓN.
 QUISIERA CONTARLE UN POCO, YA QUE NO ES UN TEXTO FOR-
 MAL; POR EL CONTRARIO, PODRÁ TOPARSE CON FRAGMENTOS FOTOGRÁF-
 ICOS, DIBUJOS, ESBOZOS Y ACCESO A CONTENIDO DE MULTIMEDIA. ADEMÁS, DEBE
 SABER QUE HE DIVIDIDO ESTE LIBRO POR CAPÍTULOS, SON CUATRO CORPÓREOS: DE
 LOS SECRETOS, EL SILENCIO, LOS FALSOS COMIENZOS Y EL SEDUCTOR. EN ESTE ORDEN, IRÉ
 DESGLOSANDO LA INVESTIGACIÓN Y LOS CONCEPTOS PRINCIPALES, LOS CUALES SON: MEMORIA,
 AUSENCIA Y OLVIDO. ESTOS SON EL EJE CENTRAL DE ESTA INVESTIGACIÓN Y LOS VOY A IR DE-
 SARROLLANDO EN TORNOS A MIS RECUERDOS. USTED SE ENCONTRARÁ CON CARTAS O POEMAS QUE
 ESTÁN FECHADOS, DE ESTA MANERA PONGO EN CONTRASTE LA CONCEPCIÓN DE ALGÚN REFERENTE
 TEÓRICO O ARTÍSTICO, CON MIS VIVENCIAS, PERCEPCIÓN Y MI DESARROLLO CONCEPTUAL. AQUÍ SE
 REVELAN ALGUNAS SITUACIONES DE MI VIDA ÍNTIMA, COMO TAMBIÉN LOS DISTINTOS ESTADOS DE
 ÁNIMO QUE LE ACOMPAÑARON; EXPERIENCIAS DE VIDA, COMO LAS DE CUALQUIER OTRO, COMO
 LAS DE USTED O AQUEL QUE LE RODEA. LO REALIZO DE ESTA MANERA, PORQUE LA ESCRITURA
 ES UN ELEMENTO MUY RELEVANTE, YA QUE CON EL DESARROLLO MIS IDEAS. EL ACTO DE
 ESCRIBIR ES RECORDAR; ME REMITE AL PASADO, PERO TAMBIÉN ME PERMITE RECON-
 STRUIR MI VIDA EN TIEMPO PRESENTE. AQUÍ SE CONSTRUYEN UN CÚMULO DE
 RECUERDOS Y SE EVOCA LA PRESENCIA AUSENTE DE UN TERCERO, DE
 ESE SER AMADO, QUE HACE O HIZO PARTE DE MI VIDA.

Sí usted no me conoce, quiero decirle que usted podrá reconocerse a través de este escrito. Muchas de las cosas que aquí contare, son situaciones muy comunes, tan comunes, que tanto a usted como a mí, muy seguramente le han sucedido.

Por favor, sea atento a lo que le voy a narrar, octubre de 2014; una tarde, mientras cruzaba la calle de la escopeta, puede ver hacia el suelo, una moneda de \$50 que brillaba sobre él, subí un poco la mirada y pude fijarme que el cordón de mi bota derecha se había aflojado, había llegado al puesto de dulces cerca al teatro, donde la señora por primera vez se había fijado en mí, se volteó y la oí decirme "amarre sus cordones", nunca le cruce la mirada, iba a cambiar de acera, cerré mis ojos por un segundo y pude aspirar el aire húmedo, supuse que llovería, puede imaginar en mi mente ese cielo gris o quizá lo había visto de soslayo mientras caminaba, no estaba ahí, pero sentí que vendría pronto la lluvia.

Mientras aceleraba el paso para continuar cruzando, yo, sin mirar atrás o los lados, puede aspirar ese aroma que se me atasca en la garganta, luego en el pecho, recorrió cada centímetro de mi cuerpo, viajo a través de mi torrente sanguíneo y se quedó ahí, en mi corazón, pude sentir que me paralice por un segundo y justo ahí, me volvió a pasar por la

memoria, ese maldito acto de recordar y sí, en ese preciso instante comenzó a llover, no solo dentro de mí, sino también mis ojos se llenaron de un líquido se había quedado estancado, y por donde yo iba caminando había lluvia.

Mi cabello volaba con el soplar del viento, pude sentir el frío en mi cuerpo, quizá en mi mirada, estaba también. Terminé en la otra acera, con los ojos llenos de lluvia, mis botas estaban mojadas y mi vestido rojo, salpicado y húmedo, voltee a mirar a todos lados, pero solo veía los cuerpos debajo de paraguas, piernas brincando sobre los charcos que se iban formando, nuevamente todo se volvió borroso, no sé si era por los lentes que se habían empañado o era mi mente que se hallaba así. Continúe con mi camino, esta vez, llevaba mi cabeza en alto y mis sentidos estaban más agudos para proseguir.

Entendí que hay momentos de impacto, momentos en los que sentimos que un huracán viene por nosotros y nos arrebató de la superficie, nos levanta y nos lleva con él. Por qué así me sentí en ese instante, entendí que no podemos controlar lo que sentimos, mucho menos lo que nos sucede o sucederá. Y eso es precisamente lo que hace la

memoria con nosotros, aviva esos recuerdos que hacíamos perdidos en nuestra mente, es así precisamente, ese huracán que es el recuerdo mismo, quien remueve emociones dentro de nosotros.

Querido lector, nuestra memoria personal, no es sino más que esa construcción de nuestras vivencias e historias, una selección tanto de olvidos, como recuerdos, por ello, al principio de este texto le mencionaba que usted podrá reconocerse a través de este, no somos tan diferentes, nuestra memoria funciona igual, así como aquel recuerdo de la calle de la escopeta que le contaba al principio, tal vez a usted le evocó un acontecimiento que le generó lo mismo que yo sentí, cuando cruzaba aquella calle.

He entendido en este proceso de investigación a la memoria como esa capacidad que tiene nuestro cerebro para almacenar, registrar y guardar, desde fragmentos, hasta archivos completos, y cuando digo archivos me refiero a ese ejemplo que le pude contar al inicio, donde se guarda con detalle lo vivido. Todo el tiempo estamos coleccionando, porque así veo yo a la memoria, como una recolectora, como si fuese un estante donde vamos guardando, nos volvemos coleccionistas, así como yo me he sentido, como una romántica empedernida que atesora lo vivido. Por qué la memoria no solo retiene imágenes, sino también sensaciones, de aquellas experiencias pasadas, las vividas; es aquello a lo que nosotros llamamos recuerdos. Esos que son experiencias, que aquella memoria va guardando en nuestro cerebro, en aquel estante.

Así como para mí, aquel aroma en la calle que me voló la cabeza, porque me hizo evocar un suceso de mi pasado y que a usted le recordó algo de su vida, me atrevo a pensar en que muchos objetos, lugares, personas, etc., están cargados de recuerdos y constantes evocaciones, por ende el recuerdo es muy valioso, ese acto de recordar, me parece tan bello, sencillamente poético, porque siempre va a estar en contraposición con la memoria y el olvido.

Traigo a colación a Ricoeur, cuando plantea al olvido de reserva, aquel que posibilita el recuerdo. Ya que menciona que solo podemos recordar aquello que hemos olvidado. Así como cuando perdemos un objeto y finalmente encontramos, nos genera un alivio.

A pesar de las sensaciones que podemos experimentar al recordar aquel acontecimiento, por más de que nos generen dolor o tristeza, a lo que a mí respecta me da ese alivio, porque los recuerdos nos llevan a personas y hay quienes, que hacen parte de nuestra vida. Esos recuerdos (que son ausencia), nos construyen, nos permiten mirar hacia atrás y al ser pasados por memoria se vuelven presencia.

A través de un recuerdo de mi infancia, me introduzco esta investigación, este fragmento que traje a mi presente en aquel momento, cuando me encontraba en mi proceso de investigación, no solo me aclarece, sino que es el motor para seguir escribiendo, investigando y produciendo.

Comencé a sentir una pequeña extrañeza que me ciega y me retumba mi mente. Una rareza en aquella ensoñación, en un espectro en mi cabeza, un vago recuerdo, que se vuelve intermitente; cuando cierro mis ojos, está ahí. Estaba sumergida en aquel sillón. Tenía ocho años, mis brazos se encontraban inmóviles lado a lado de mi cuerpo y las piernas colgando de aquella silla. No las agitaba, permanecían rígidas, al igual que mis ojos hundidos en mi cara regordeta. No se escapaba ni un suspiro de mi boca, pues mi mente estaba fulminada por el vaivén de pensamientos que viajaban a millón dentro de mi cabeza.



Mi corazón iba como un huracán dentro de mí. Si este pudiera llover, estaría inundada, si este pudiera incendiarse, estaría calcinada. Estaba blancuzca del dolor que ya no soportaba mi pequeño cuerpo. Es que mi cuerpo no decía nada, pero adentro era un órgano vivo. Si de recuerdos se trata, no sé cuál podría ser el más relevante, doliente, o el más impactante. Pero esperar ese algo o alguien que no llegará, con las ansias de que cruzara la puerta en cualquier instante, lo vuelve la no presencia más infinita, a los ocho años.

El sujeto ausente comienza a ser un objeto de interés y tema de investigación. La ausencia entendida como la re significación del ser no presente que deja un vacío dentro del pecho, que se congela. Aun así sigue pasando el tiempo y finalmente se aprende a vivir con ello.

Ausencias presentes es el resultado de la idea de explorar desde el cuerpo las emociones y sensaciones que han recaído sobre mi ser, a través de las relaciones con sujetos muy cercanos, los cuales han dejado una carga afectiva que ha marcado mi vida hasta el momento.

Cada relación, entre más intensa y emotiva sea, afecta de tal modo que nos cuesta mucho desprendernos de ella, creando en nuestro cuerpo y mente la sensación de ausencia. Dicha sensación, cargada muchas veces de dolor, hace que se viva siempre en el presente.

Desde este acercamiento sobre mis relaciones con los otros, inicié realizando obras a partir de experiencias emocionales y los consecuentes estados de ánimo inefables que me generaban la ausencia de ese ser querido.

Estas secuelas y recuerdos me permitieron indagar, de manera constante, sobre las acciones y reacciones que el cuerpo crea como dispositivo para mantener algún tipo de contacto emocional con seres que ya no están de manera presencial en nuestra vida, pero que podemos preservar a través del tiempo en nuestro archivo de memoria. De esta manera, en mi trabajo empezaron a aparecer escritos, registros, libretas, cartas, etc., como formas y mecanismos de atrapar, añorar y preservar algo de ese cuerpo ausente. Escribimos para no tener que recordar, pero se escribe, se borra y a la vez se recuerda.

A partir de estos primeros ejercicios sobre la memoria, entendí que los objetos artísticos, como piezas misteriosas, son contenedoras de sensaciones que nos pueden remitir a la idea de lo transitorio.

Finalmente, aquella remisión lleva a la presencia inmaterial de un recuerdo que se puede expresar a través de nuestra voluntad de recordar y retener el pasado.

Entendiendo lo anterior, trabajo la memoria como evocación consciente o inconsciente de vivencias y/o experiencias pasadas que inciden en el presente.

Este es un concepto extenso que comprendo a partir de la recuperación de espacios o fragmentos mentales de mi infancia y del tiempo en el que estos son rememorados. Es por ello que la memoria que trabajo en mis obras es específica: una memoria personal. Construyo una memoria íntima, la cual es regresiva y proyectiva. Así, cada obra es contenedora de la anterior y, a la vez, se convierte en un antecesor para la siguiente obra.

Cada pieza que voy elaborando se constituye como un fragmento que contiene un origen emocional; formalmente la obra puede expresarse y transformarse en gestos muy disímiles. Por ello, abordo el problema de la



instalación, pues este me permite cierta versatilidad con los medios y con la disposición de la obra en el espacio de exhibición, con el objetivo de entablar un diálogo sinestésico con el cuerpo del otro.

Recurso a sensaciones táctiles, olfativas, visuales o auditivas que puedan originar reflexiones sobre la idea de los recuerdos de un ser ausente y, de esta manera, crear un puente entre una memoria personal y la que puede ser atravesada por cualquier individuo, pues todos estamos atrapados emocionalmente en círculos afectivos trascendentes.

Todo acto y contacto del cuerpo se encuentra atravesado por un gesto emotivo, y la suma de estos gestos en el tiempo, debido a la fragilidad misma de nuestra comprensión, puede diluirse en nuestro archivo limitado de la memoria. En el trabajo plástico me interesa la idea de lo efímero, lo derruido por el tiempo, la sensación de levedad y lo transitorio.

Trabajo en lo que se recolecta y se guarda, manteniendo el acto de preservar, contrapuesto a aquello que se deja disipar para separarse del cuerpo. Esta dualidad permite crear huellas que en mi obra se traducen en imágenes que tratan de evocar ausencias presentes de seres que, aunque físicamente ya no están con nosotros, todavía están en nuestra piel, pues nos resistimos a olvidarlos.

Finalmente, deseo aclarar que las obras que he desarrollado específicamente para este trabajo están soportadas en unas relaciones familiares y sentimentales-amorosas que se rompieron hace un tiempo. Todas ellas dejaron suficiente carga emotiva para crear las piezas y reflexiones que abordo en este texto.



SOBRE LA MEMORIA Y EL ACTO DE RECORDAR

Escribir como acto de recordar

Escribirle a mi madre sobre aquellos recuerdos de hace algunos años, me hace pensar en Todorov cuando menciona que “La memoria no se opone al olvido. La memoria es, siempre y necesariamente, una interacción entre el olvido (el hecho de borrar) y la salvaguarda del pasado en su totalidad –algo a decir verdad imposible” (Todorov, 2008, p. 64). Citar a Todorov y traerlo a este momento, cuando este dice que la memoria no se opone al olvido, evidencia mi necesidad por recurrir a estrategias para atrapar la memoria a partir de la escritura. En este caso, se puede hablar de una memoria escrita, de esa función que cumpla como escritora en el apuro de almacenar, de archivar, de preservar fragmentos de recuerdos que fueron vividos y que quisiera mantener. Esto es porque, así como la memoria no se opone al olvido, yo hallo la necesidad de seguir preservando algunos recuerdos que en algún momento serán olvidados de mi memoria, pero que seguirán conservados en mis escritos.

Al inicio de la investigación surge una preocupación actual por la memoria en el mundo contemporáneo. Hoy en día nuestras actividades se reducen a registrar y guardar, desde recortes hasta archivos digitales. Se podría decir que vivimos en la “era coleccionista”, influenciados, querámoslo o no, por los medios masivos de comunicación que nos aconsejan constantemente elevar el pasado, a abrir ese baúl de los recuerdos, pensando aún en el presente, en el ahora, en aquel pasado que no ha sido superado, aquel tiempo pasado que, en tiempo real, sigue evocándonos recuerdos.

La memoria es una función del cerebro que permite al sujeto codificar, almacenar y recuperar información. Se podría decir también, contrario a Todorov, que el concepto de memoria se contrapone a la idea de olvido y que, de una manera casi dogmática, la memoria se puede reducir a la actividad de registrar y guardar, desde recortes hasta archivos completos, y también que el ser humano vive en una constante actividad de coleccionismo. La memoria tiene la capacidad de permitirnos retener imágenes y sensaciones de experiencias pasadas. A estas imágenes les llamamos recuerdos, que son la expresión de que ha ocurrido una experiencia que nuestro cerebro ha guardado o decidido conservar.

Hago uso de los recuerdos de mi niñez. Mis experiencias con el recuerdo deben, como cualquier otro acontecimiento, quedar registradas para ser consumadas. Es allí donde resulta poético pensar en la materialidad del arte, donde se hace real este propósito.

13 de febrero
Carta a mi madre



13 de febrero
Carta a mi madre

Madre, hay muchas lagunas mentales ahora de mi niñez, hay episodios que quizá no quiero recordar. Madre, ¿por qué ser madre a los veinticinco sería el recuerdo más dulce? ¿Por qué el abrazo más cálido a mis cinco años eran aquellas lecturas? El momento más íntimo de madre a hija, reposar en tu falda, recostadas sobre ese enorme sillón. Te recuerdo acariciarme la cabeza, entrelazando tus dedos en mi cabello, susurrándome cada palabra, imaginando cada línea, acariciándome las mejillas cada vez que especulaba sobre el personaje. Solía salirte una pequeña sonrisa en tu rostro. Recuerdo mi carita en tu pecho. Madre, juro que jamás olvidaré ese olor, ese olor a mamá, a vainilla. A veces suelo caminar y toparme con muchas mujeres que se parecen a ti, ¿pero ese olorcito a vainilla? No voy a olvidar la tarde de abril de 2014 en Popayán. Cruzaba la calle de la tercera y pude percibir ese olor, aquel que se me caló hasta los huesos, viajó por mi torrente sanguíneo y volvió a pasar por mi memoria. Caminaba bajo la lluvia, empapada de recuerdos, menos de lluvia.

Quando era pequeña, soñar era la parte principal de mi corta vida, jugar y explorar era la parte como conocía el mundo y el que imaginaba a partir de la realidad. En ese tiempo se podía reír, correr o saltar, sin afán de cumplir obligaciones de una vida adulta. La tranquilidad era algo muy común. Esperaba ir a la cama y dormir para que en sueños se evocara lo que se hacía. No importaba si los cuentos de los que se vivía fuesen sueños o realidad. Igual yo contaba todo como si pasara en tiempo real. Ese tiempo que fue real y que ya no existe, que tan solo se evoca por lo que pasó en espacios, objetos y personas, lo llamamos recuerdos de infancia.

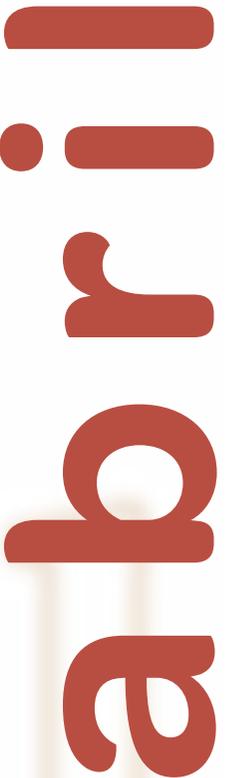
17 de Abril

17
de

El recuerdo es sumamente importante para nosotros como individuos. Los objetos que poseemos están cargados generalmente de recuerdos y evocaciones de estos mismos. Un objeto podría hacernos recordar a una persona y conservar un pedazo de tiempo y espacio de nuestra vida. Nos apegamos a las cosas, pues dependemos emocionalmente de ello. Por esta razón el olvido es temido, ya que podría considerarse como una pérdida de la identidad.

Las disciplinas encargadas de apoyar a la neurología y esta, propiamente, tratan de ubicar el problema del recuerdo y el olvido en los procesos físicos y químicos de nuestro cerebro. La psicología cognitiva asegura que la "memoria autobiográfica" tiende a ser más contundente que cualquier otra y podría llegar a ser más fuerte; todo depende de las experiencias de vida que se tengan. Gracias a esto, la psicología cognitiva intenta descubrir estos "senderos" que guían al recuerdo y al olvido.

El psicoanálisis busca otro tipo de actividad, centrándose en el inconsciente y basándose en la noción de duda e incertidumbre. Las teorías freudianas se basan generalmente en el desarrollo sexual infantil y plantean que la mayoría de las neurosis de los adultos se deben a experiencias tenidas en la infancia; los pacientes son sometidos a una involución de la memoria para que recuerde los hechos traumáticos y de esta manera se puedan curar. Cuando el paciente no alcanza su sanación es porque su cerebro ha dejado en el olvido, en un espacio encriptado, los recuerdos que el psicoanálisis quiere revelar. Los recuerdos tienden a ser muy personales y por eso en muchos casos no pueden ser transmitidos. Esta reproducción del pasado en el presente, gracias a la memoria, es lo que define nuestra identidad y su propia continuidad en el tiempo.





En el 2000, estando en la escuela, solía olvidar muy a menudo las cosas, como las razones de la profe, o algún recado de alguna madre de mis compañeros. Aquello me trajo severos problemas con mi mamá, recibiendo regaños que me hacían llorar de lo frustrada que podía yo sentirme, porque de verdad, no lo recordaba. Estas situaciones hacían cuestionarme mucho sobre, qué era no recordar o qué era tener memoria. De todo esto sigo cuestionando, ¿qué es en realidad la memoria? Algo que sí puedo asegurar respecto a estos cuestionamientos sobre la memoria, es lo magno del concepto para mi pequeña cabeza.

La memoria es aquella capacidad que tenemos nosotros como seres humanos para percibir, codificar y almacenar toda información, así como la facultad de recuperar recuerdos del pasado (evocar) y reconocerlos como acontecimientos que tuvieron lugar en el pasado y en un momento determinado.

En el Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española, la primera definición consignada sobre memoria es: "facultad psíquica por medio de la cual se retiene y se recuerda el pasado" (s.f.). Si bien la palabra cuenta con 14 definiciones en total, me interesa la siguiente: "En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma" (Real Academia Española, s.f.). En esta definición me interesa la gran discusión que abre San Juan de la Cruz, donde plantea la memoria como potencia del alma (González Suárez, 2018). Tal definición me resulta muy poética, pues me evoca una memoria sempiterna desde lo más profundo del alma; recuerdos perennes.

31 de Marzo.

Muchos de los recuerdos de mi infancia giran alrededor de historias contadas en encuentros familiares: una tarde almuerzo, un cumpleaños o una cena navideña. A decir verdad, cada quien tiene su propia vivencia y versión en torno a un suceso familiar.

Hay anécdotas que escucho en conversaciones, que oigo con extrañeza, pero se van haciendo familiares a medida que la historia se desarrolla, pasan por mi memoria y me generan un sentimiento inefable.

Hay uno muy particular, referente a la cicatriz en la palma de mi mano derecha, como mi madre lo recuerda: yo a mis 6 años solía, como ahora, ser muy caprichosa; independiente diría yo. Salí de la mano con mi abuelo por una Pepsi-Cola, a una tienda que quedaba cruzando la avenida de donde vivía con mis padres. Al tomar la botella no quise que me dieran la mano y salí casi corriendo con la botella de vidrio, que contenía la bebida. No obstante, tropecé y el cristal, que golpeó el suelo, se quebró, cortando mi pequeña mano. Lloré como nunca y mi abuelo muy desesperado por la cantidad de sangre que corría por mi brazo, corrió conmigo en brazos hasta la casa y mi madre estaba muy afligida por lo acontecido.

Como yo lo recuerdo, cada vez que miro mi mano y como lo cuento cada vez que me preguntan: a mis 6 años, hacía mandados a lugares cercanos, pero cruzar la avenida era algo que solo hacían los niños más grandes de mi cuadra. Era ya de noche y tenía muchas ganas de una Pepsi-Cola. Mi abuelo debía

acompañarme de la mano, pero recuerdo que apenas tomé la bebida en la mano, salí corriendo a cruzar la calle. Quizás tropecé o seguí derecho al andén, eso no lo recuerdo muy bien, pero cruzar la calle de la avenida ya era mucho para mi edad. No contaba con que me cayera al suelo y la botella rota me cortara la mano; solo sé que el llanto era incesante, desde lo más profundo de mi ser.

La forma en que el enfoque de la memoria colectiva trata el concepto de recuerdo, se remite en el tiempo, al menos, a la Grecia Clásica. Es con los griegos donde se inaugura "El arte de la Memoria" (Yates, 2011), el cual se atribuye al poeta Simónides de Ceos.

Cicerón narra que Simónides fue invitado a un banquete en el que recitaría un panegírico, inaugurando así una tradición: el pago por sus servicios, pues el poema se le retribuiría. Pero el recitador incluyó en su poema un extenso loor dedicado a unos dioses mellizos, razón por la cual le regatearon el pago a la mitad, quedando la otra para que la saldaran las divinidades aludidas. El

poeta fue llamado a la puerta, justo en el instante en que se derrumbaba el techo de la casa donde se daba el festín, matando a todos los invitados.

Los cuerpos quedaron irreconocibles, por lo que hubo que recurrir a Simónides quien, para identificarlos, echó mano de un punto de apoyo: el espacio. Identificó a las personas por el lugar que ocupaban en el banquete. Los jóvenes que habían llamado con urgencia al poeta a la puerta eran Castor y Pólux, los dioses aludidos en el extenso poema simonideano, pagando así el otro 50 % que el festejado no quiso remunerar. Tal experiencia sugirió al poeta ciertos principios para el "arte de la memoria" (Yates, 2011), como el lugar, que es el sitio en el que habían estado los invitados, y los invitados como imágenes, los cuerpos de estos ya irreconocibles. Cicerón al respecto dirá "que el orden de los lugares preserve el orden de las cosas, y las imágenes de las cosas denoten a las cosas mismas, y utilizaremos los lugares y las imágenes respectivamente como una tablilla de escribir de cera y las letras escritas en ella" (Yates, 2011).

En una comunidad, grupo social, etc., cuando se es miembro se hace parte tanto de las relaciones como del pensamiento del mismo. La relación entre los recuerdos propios y los de los otros dentro de esa colectividad, representa una forma de memoria colectiva porque, como lo menciona Maurice Halbwachs, "si se llega a olvidar un recuerdo o no pudiésemos dar cuenta de él, es que ya se dejó de ser parte de ese grupo"; y a la inversa, cuando los recuerdos de un grupo se reconstruyen fácilmente es que aún se forma parte de este. De forma colectiva resulta más productivo que confluyan distintos puntos de vista alrededor de un acontecimiento, que una visión única de alguna situación. En el primer caso, la lectura o mirada sobre el acontecimiento es

mucho más extenso, de más amplitud, como cuando se reconstruye entre varios una película que todos han visto; en el segundo, el espectro es más carente, más fragmentado, más limitado. La colectividad es de alguna forma el punto de apoyo para que la memoria se despliegue. Tomo como definición de memoria colectiva la que expresa Halbwachs:

Puede hablarse de memoria colectiva cuando evocamos un acontecimiento que ocupa un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos traído a la memoria, que lo hacemos presente en el momento en el que lo recordamos desde el punto de vista de ese grupo. (2004)

Lo que se denomina memoria individual no es más que un punto de vista dentro del grupo, y es este el que otorga los elementos con los cuales se reconoce y significa lo que hay que recordar o mantener en la memoria.

El marco social siempre es importante en lo que se recuerda, ya que se enmarca en él. Este marco engloba todos los aspectos de una sociedad. Para Maurice Halbwachs, solo es recuerdo aquello que se recuerda con respecto a los hechos que

procuran a la memoria colectiva (2004). Entonces, bajo esta premisa, el recuerdo nunca será individual ya que se encuentra complementado por lo que se recuerda colectivamente.

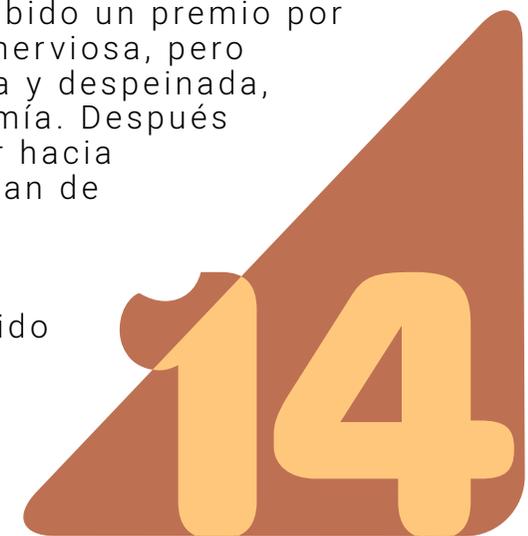
La existencia de centros documentales o archivos, también es necesaria para la construcción de la memoria colectiva en un esfuerzo de sustentabilidad de lo recordado. En relación con mi trabajo plástico, me interesa ampliar la visión de una memoria personal, que está siempre presente en mi obra, con la de una memoria colectiva, pues me muevo y actúo dentro de una contemporaneidad latente que confronta la relación de mi cuerpo con el otro, la sociedad y los medios.

Frente al concepto de memoria colectiva, Elizabeth Jelin lo resuelve a partir del marco social, englobando familia, religión y clase social, que es lo que da sentido a una individualidad concreta (Jelin, 2002). La reconstrucción de la memoria colectiva se ve influenciada por todos aquellos momentos cargados de dramatización, como se decía del aspecto autobiográfico, y toma sus representaciones a partir de consignas sobre no repetir acciones que fueron dolorosas para una comunidad, país o el mundo entero. Un ejemplo de ello son los monumentos (a manera de un objeto que se recuerda) que han sido levantados por las víctimas del Holocausto o el caso de los sobrevivientes de la bomba atómica en Hiroshima. ■

Hay dos acontecimientos tristes en mi vida, el primero es cuando estaba pequeña. Había pasado un buen tiempo sin ver a mi padre, quizás meses, pero había una llamada suya que, así como me alegró el corazón, causó una gran amargura y dolor en él. Mi padre había prometido ir a verme. Me había levantado muy alegre, me bañé, me peinaron y me pusieron el vestido más lindo. Este día era tan importante porque había guardado una sorpresa que solo podía ser contada por mi boca: había recibido un premio por el mejor cuento, en mi categoría. Estaba ansiosa, nerviosa, pero las horas pasaban y se hacía de noche. Ya cansada y despeinada, caí dormida con el llanto abrasador que me consumía. Después de ese día pasaron muchos años guardando rencor hacia mi padre. Acontecimiento que marcó mi vida, así, tan de repente.

El segundo sucedió en el 2015, cuando perdí a mi bebé, digo 'mí' porque es un tema que aún no ha sido superado. Es un recuerdo triste en mi vida que pasa por mí casi a diario.

Para Ireneo Funes, el protagonista del cuento Funes el Memorioso de Jorge Luis Borges





(1942), la memoria es como un ejercicio insoportable, una tortura. Cada instante y cada detalle de la realidad es acumulada en su mente, llenan su cabeza de recuerdos y fragmentos mentales odiados y evitados hasta el cansancio. El recuerdo lo atormenta. Funes es un mártir al cual le es imposible olvidar.

Por otro lado, para Leonard Shelby, el protagonista de la película Memento (Nolan, 2000), el suplicio anida en la imposibilidad de recordar. Sus fugaces estados de conciencia son objeto de un paciente trabajo de registro. Imágenes y palabras que se acumulan sobre su cuerpo, llenan sus bolsillos, invaden su habitación. Si el mundo castiga a Funes con sus impresiones hirientes, Leonard vive una realidad inexistente.

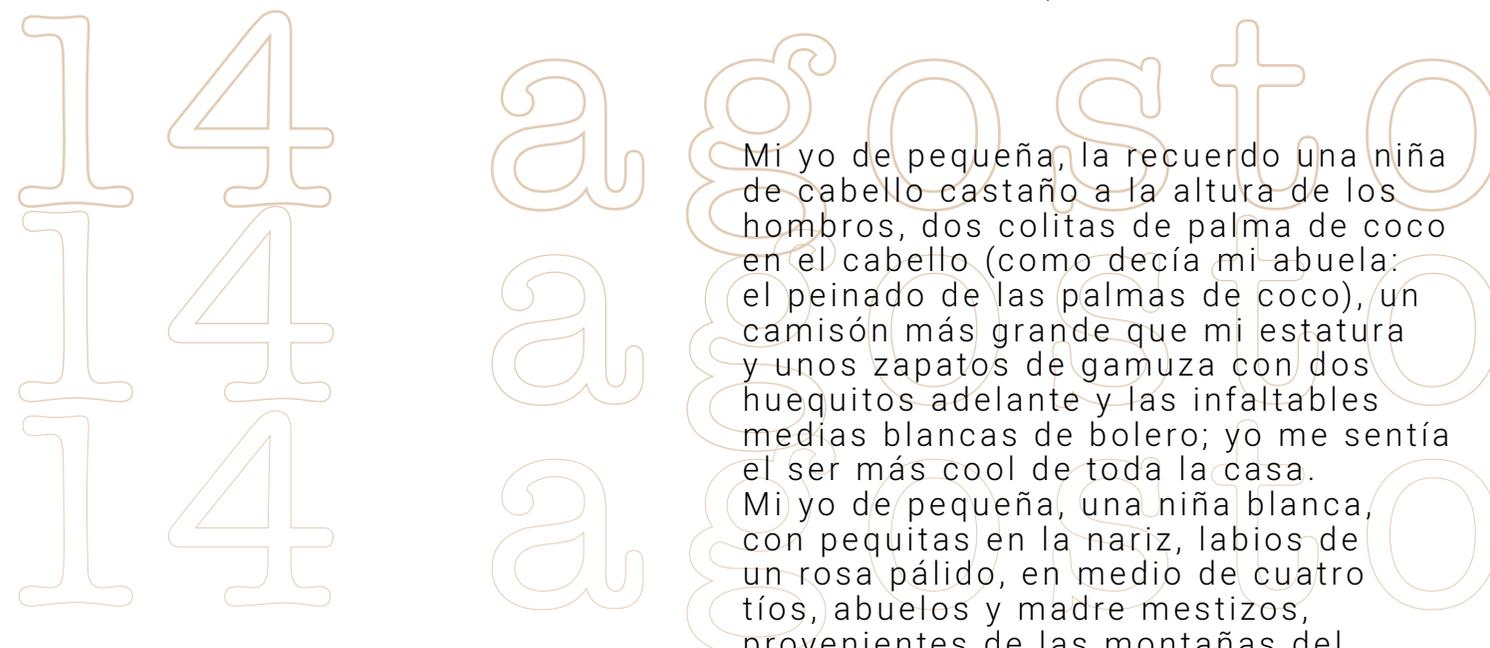
Desde esta perspectiva, cabría repensar las formas en que se puede abordar, desde la práctica artística, un fenómeno tan particular como la ausencia, su existencia singular y la necesidad de la memoria.

El tiempo sucede de manera inevitable y siempre estamos a la expectativa de pensar en nuevas lecturas y miradas en relación con situaciones, hechos o personajes engarzados en las historias de nuestra vida. La memoria, en nosotros los seres humanos, siempre actúa de forma intuitiva y exhaustiva. Los registros existentes en nuestro cerebro se producen por impulsos eléctricos y cada impulso está acompañado por una imagen, un olor, un color, una frase o un sonido. El papel que desempeña el arte es y será el de dar a esos impulsos una configuración estética, a través del uso de un medio sensible que pueda canalizar los aspectos sensoriales de nuestro cuerpo en la materialidad de una obra.

La memoria personal, construida a partir de nuestras vivencias e historias, es una selección que contiene tanto olvidos como recuerdos. Ella moldea el pasado de acuerdo con los intereses de nuestro presente. A veces nos valemos de mecanismos para intentar recuperar nuestro pasado, del cual somos tanto protagonistas como narradores. Elizabeth Jelin explica que el pasado cobra sentido en su enlace con el presente en el acto de recordar-olvidar, y la pregunta sobre el pasado siempre es un proceso subjetivo, pues este se construye socialmente (Jelin, 2002, pp. 208-209).

El olvido al que me refiero es un olvido que preserva, un olvido constructor que Paul Ricoeur llama "de reserva" (2004), el cual además posibilita el recuerdo. Solo podemos recordar lo que hemos "olvidado". El olvido tiene su sentido de ser al estar en concurrencia y estrecha relación con el recuerdo. Por lo tanto, el olvido reconoce al recuerdo pero no lo toca, lo deja donde está, buscándole un lugar; no lo destruye, pero tampoco lo penetra.

Esta forma de olvido es lo que movió mi interés en esta investigación. Este es el punto de partida que motiva a pensar en las distintas formas en que el recuerdo y el olvido se manifiestan. A partir de ello, surgieron mis preguntas de investigación, buscando generar la conexión y asociación entre distintos términos, pero abordando al mismo tiempo un tema en particular: la construcción de un pasado contenedor de historias, vivencias, amores, desamores, estados de ánimo, los sentimientos más profundos, etc., los cuales llevan consigo afecciones y dolencias que en cuanto a lo personal, tiendo a escribirlo para liberarme de las pestes del pasado. Es ahí cuando la escritura aporta para canalizar mis dolores causados por la ausencia del otro.



Mi yo de pequeña, la recuerdo una niña de cabello castaño a la altura de los hombros, dos colitas de palma de coco en el cabello (como decía mi abuela: el peinado de las palmas de coco), un camión más grande que mi estatura y unos zapatos de gamuza con dos huequitos adelante y las infaltables medias blancas de bolero; yo me sentía el ser más cool de toda la casa. Mi yo de pequeña, una niña blanca, con pequitas en la nariz, labios de un rosa pálido, en medio de cuatro tíos, abuelos y madre mestizos, provenientes de las montañas del Cauca. Yo era un punto de luz en medio de tanto mestizaje. Mi yo de pequeña, un ventarrón que

iba y venía por toda la casa, dejando platos, muñequitos de porcelana y vasos rotos a su paso; gritos y llantos. Mis recuerdos de yo de pequeña son muchos más que anecdóticos; también son solitarios. Un patio enorme en una casa gigante; una niña con muchas muñecas, ositos de peluche, pelotas, muchos rompecabezas por armar en el piso y en la cabeza.

Mi yo de pequeña, un ser pequeñito, que va buscando, sin saber qué hallar, en habitaciones, sin habitar. Recuerdo sostener mi tetero con mi manito, era el momento más íntimo; yo, y mi tetero de leche, de leche achocolatada, de leche con fresa, al fin, mi leche y yo. No era hambre de comer, era hambre de esperar. Pasé muchos años sosteniendo un tetero, calmando la ansiedad. Nunca entendí por qué aquel tetero lleno me neutralizaba, me hacía vulnerable, me suavizaba. Era como domar a la bestia; se terminaba la última gota de leche y yo despabilaba de sueño, un sueño tan profundo, que podrían pasar rayos y centellas sobre mí. Y yo consumida por los sueños.

Mi yo de pequeña, con recuerdos y recuerdos que vienen y se van. ¡Tantos recuerdos qué rememorar!

Yo todavía sigo siendo esa niña que recorre habitaciones mentales, vaciando las mil y un gavetas de recuerdos dentro de su cabeza. Y es que pasar por la memoria es flagelar el alma y reventar el corazón contra una pared.

Esta investigación propuso desde su comienzo explorar el olvido como un mecanismo que permitiera tomar conciencia del tiempo. Esto significa poder singularizar el pasado, el presente y el futuro, sin desconocer que los tres se solapan. Mi trabajo se puede relacionar con las historias de vida que mi ser quiere conjurar. Cada relato

toma la forma de una imagen que puedo repetir con un gesto impulsivo, como en el caso de las cartas datadas con fecha que le escribo a mis seres amados, algunos que se han ido, que ya no están a mi lado. Las experiencias vividas con ellos están atrapadas en todas partes de mi memoria cognitiva, haciendo que el pasado compartido con ese ser querido se replique en mi estado de resentimiento presente, el cual vivo con tristeza y nostalgia. Nuestra memoria sobre los recuerdos opera como un archivo. Se trata de ir a lo que Walter Benjamín denomina la “experiencia vivida”, la cual aparece como lejana pero que se puede recopilar. En mi trabajo, cada fragmento de texto que elijo, pretendo que reúna de algún modo un rastro evocador que permita al lector conectarse

con la idea de un narrador femenino. Este rasgo se puede percibir en las relaciones sinestésicas de los mismos elementos que utilizo en mi producción plástica.

CONCEPTUALIZACIÓN DE LA MEMORIA

Hace ya varias noches tuve un sueño, que pudo ser tan lucido que me remitió a mi infancia. Al recordarlo, se me achina la piel. No suelo soñar con frecuencia, ni mucho menos ver a las personas que más amo en ellos.

Podía ver que mis brazos abrazaban un niño, había una luz incandescente sobre mi cuerpo, que me dejaba perpleja, pero yo no podía ver su rostro, solo sentía que esa luz me cegaba, por la alegría que sentía dentro de mí. Siento que ese sueño fue tan largo; solo era un fragmento de tiempo, pero lo sentí eterno. Cuando por fin el niño volteó, pude reconocer que era mi hermanito, cuando era bebé. Ahí recordé su risa, sentía una alegría inexplicable cuando abrí los ojos.

Es uno de esos momentos que quisieras guardar para siempre, como poder decidir cuándo lo vas a ver, experimentar o vivir.

En este proceso de investigación, ese sería mi ideal de la memoria, aquel donde yo pueda evocar ese recuerdo grato en el momento en el que yo considere pertinente. Un recordar consciente, de volver a vivir ese fragmento de nuestra vida; a lo que yo ahora podría llamar una *memoria consciente*. Ese sueño me hizo pensar e indagarme muchas cosas, tales como: ¿por qué a veces resulta tan difícil recordar aquello que necesitamos en determinado momento?, y ¿por qué ese recuerdo vuelve a nosotros en el momento más inesperado?

Considero que la memoria se vuelve caprichosa, es esa niña traviesa que juega con nosotros. Juega tan bien, que a veces nos lastima. Y sí, he salido lastimada por esa memoria inconsciente. No puedo evitar llenar mis ojos de lágrimas porque hay recuerdos que no son tan agradables.

He abierto muchos episodios de mi vida y usted los ha podido leer, pero traer a colación este en especial es una herida abierta, que sangra cuando se toca. Por ello, este capítulo me ha resultado difícil escribirlo y terminarlo, pero solo de esta manera puedo creer, pensar que me liberaré un poco la carga.

Aquí le podré contar un poco de mis sentimientos y recuerdos que han sido apresados por mucho tiempo. Había una duda, un secreto que me tenía guardado, que me carcomía, noche tras noche.

Me encontraba una tarde leyendo, de esos momentos más cúlmenes. Era una tarde ni muy calurosa ni muy fría. La cortina se elevaba con el viento, había una luz que daba en mi antebrazo y pasaba un hilo de esta por las hojas de mi libro. Así lo recuerdo, un momento precioso. Mientras leía, movía mis pies, sentía que iba al ritmo de la lectura, estaba acostada boca abajo, dándole la espalda a mi ventanal. Recuerdo que en ese momento solo pensaba en un café caliente.

Ya se había hecho oscuro, oí sonar el teléfono varias veces, pero no atendí, estaba cegada por la lectura que llevaba. Cuando, finalmente, pude terminar ese capítulo del libro, me levanté descalza al balcón y pude devolver la llamada, era a mi madre. Pude sentir que oír voz la sosegó, yo podía sentir la tensión que había a través del teléfono, ella se descompuso, como cuando un radio se desintoniza y deja de sonar. No podía evitar el sentirme intranquila, pero sentí en ese momento que no podía tambalear en palabras, ni acciones, solo le dije: “habla, mami”. Ella pudo confirmar esa duda que yo tenía, que no me dejaba dormir, yo quería llorar.

A veces pienso que fue otra persona quien conversó con ella en ese instante porque ni los pies los podía sentir. En ese momento, sentí que algo en mi corazón se rompió, como una taza que cae al suelo y no puedes armar. Mi familia y yo pasábamos por un momento amargo, donde nadie quisiera

que este tipo de situaciones entraran a su hogar. Mi hermano de trece años empezó a consumir sustancias tóxicas para su cuerpo, esa situación fue más que una cachetada en la cara, era algo difícil de asimilar por su edad. Pudimos sentir cómo todo se nos caía encima.

Siempre he dicho que el momento más feliz de mi vida fue aquel en el que nació mi hermano, por ende, ese sueño que le conté al inicio es algo que nunca quisiera borrar de mi mente. Pero esa situación que se vivía en mi casa fue la más dolorosa y amarga. También he dicho que, pues bien, como mi hermano me ha traído felicidad, ha sido el único hombre que me ha roto el corazón de una manera inexplicable porque no tengo palabras para manifestar lo que sentí durante ese tiempo. Esto es algo que quisiera sacar de mis recuerdos para siempre, bloquearlo de una u otra manera. Decirle a mi memoria: ¡joye!, *delete*.

Han pasado ya nueve años de ese momento de nuestras vidas, cada uno lo recuerda de diferentes maneras. Evitamos, durante todo ese tiempo, hablar de ello, pero siempre que lo recuerdo me toca de diferentes maneras, a veces como un aprendizaje, otros como una pesadilla, como un recuerdo doloroso y, en otras, me quedo en blanco. Cada uno lo vivió de una manera distinta porque cada uno atravesaba por su propia situación.

Es así como usted y yo nos podemos conectar, hemos vivido situaciones complejas en nuestras vidas que nos han dolido y se vuelven una zona común, pero cada uno las vivió de una forma distinta porque su situación fue diferente a la mía. Pero estamos ahí, conectados por un sistema al que llamamos *recuerdo* y un mecanismo que se llama *memoria*.

Siempre he creído que la memoria es como una caja de Pandora, una pequeña caja donde va todo aquello que debe ser memorable, desde el recuerdo más insignificante, hasta el más relevante; ese recuerdo que queremos mantener vivo, con el que dormimos y soñamos para que nunca sea olvidado. Es una caja de Pandora, no sabemos en qué momento qué recuerdo va a pasar por nuestra memoria, si la calle que recorrimos nos trajo el vivo recuerdo de hace unos años, quizás los más dulces o de esos amargos. Así funciona la memoria, como una caja de Pandora, no sabemos a qué momento nos transportará, si producirá una leve sonrisa en el rostro, un ahogo adentro o un estallido dentro del pecho.

Maldita memoria que me sucumbe, me consume lentamente, me lanza hacia lo más oscuro de la noche, una noche fría de mayo, de esas en las que se me nubla la mente, me ciega en lo absoluto y profundo. Cuando menciono una fría noche de mayo es porque fue un día casi trágico para nosotros —mis papás y yo—. Mi hermano, esa noche, se quería aventar del tercer piso de nuestra casa, habíamos tenido una discusión familiar en la que hablábamos de la solución que le íbamos a dar a aquello que como familia estábamos viviendo.



Entonces, todo el tiempo, nuestra memoria está actuando y es entendida como esa capacidad que tenemos para percibir, codificar y almacenar información, así como también la de recuperar aquellos recuerdos (evocación) y reconocerlos como sucesos ubicados en un espacio y una temporalidad determinada. Según el Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española, la primera definición consignada sobre memoria es: “facultad psíquica por medio de la cual se retiene y se recuerda el pasado” (2023). Un acto mecánico, podría decir yo. Vives un fragmento de tu vida y, en un tiempo determinado, esa vivencia es traída a tu presente porque algo o alguien te hizo recordar, sea con dolor o alegría. La palabra cuenta con catorce definiciones en total, me interesé en la siguiente: “En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma” (Real Academia Española, 2023).

Me ha parecido bella porque, al contarte esta situación que se vivía en ese entonces en casa, pensé en lo que San Agustín (2010, pág.493) mencionaba sobre esas tres operaciones fundamentales del ser humano y, entre ellas, está el acto de recordar porque no puedo hablar de memoria sin tomar el recuerdo como una acción de esta, están ligadas. Pero volviendo a ello, la memoria, como una potencia del alma, una facultad, para recordar, para algunos con dolor, para otros con alegría, una dualidad para mí, porque ese suceso de mi hermano me recuerda su vida y su nacimiento, como una ilusión y una alegría; pero esa situación por la que atravesamos juntos la recuerdo como algo amargo y si bien su vida es valiosa, me hizo sentir muy triste y decepcionada.

LA MEMORIA PERSONAL

Junio 2015

Hace algunos años trabajaba en varios corregimientos del municipio de donde provengo. Había un lugar muy particular por su difícil acceso y por la zona, donde la delincuencia común abundaba, había mucha escasez. Yendo a buscar población para realizar los talleres, me di cuenta de que estaba lleno de sueños, de ganas de aprender y de esperanzas. Logré conformar un grupo numeroso de niños.

Solía ir a buscarlos a sus casas. Las calles no estaban pavimentadas y el polvo les llenaban sus caritas de mugre, pero sus sonrisas siempre brillaban. Había un niño, el más pequeño de todos, que solía asombrarse por las cosas que llevaba para compartir. Si les llevaba plastilina, me preguntaba si era de verdad para ellos solitos, si se lo podían llevar para sus casas, si era de verdad de ellos. Eso, a veces, me hacía sentir valiosa por aportar no solo lo material, sino por crear en ellos experiencias lindas y merecedoras. Este niño tenía alrededor de cuatro años, tenía una energía inagotable, pero notaba que siempre me buscaba para que le tocara la cabeza, me tomaba la mano y se la ponía en la cabeza. A pesar de que nunca me lo dijo, entendí que necesitaba sentir ese afecto, así fuese de un desconocido.

Una tarde, el niño no llegó a la clase, era inevitable no sentir su ausencia, sus compañeros reían con sus ocurrencias. Salimos todos a buscarlo. Al acercarnos al lugar donde vivía, pude verlo correr desde la distancia porque apenas logró vernos, se vino corriendo hacia nosotros; y al verme, gritó como nunca y se vino a balancearse sobre mí. Lo que yo sentí en ese entonces no lo puedo explicar, fue algo inefable. Mi corazón se aceleró un montón, aquello que experimente ese día no lo he vuelto a experimentar. Me refiero a ese sentimiento puro, el cariño desinteresado. Como también esa experiencia, mi primera enseñando, la cual ha marcado mi existencia a lo largo de mi vida profesional, como también personal.

Cuando este recuerdo pasa por mi cabeza deja una sensación linda y una sonrisa; evoco esos años que dejaron lindos momentos, que me construyeron e influyeron en lo quien soy hoy día.

La memoria personal se construye a partir de nuestras vivencias e historias. Es una selección que contiene tanto olvidos como recuerdos. Ella moldea el pasado de acuerdo a los intereses de nuestro presente. A veces nos valemos de mecanismos para intentar recuperar nuestro pasado, del cual somos tanto protagonistas como narradores. Elizabeth Jelin (2002) plantea que el pasado cobra sentido, en su enlace

con el presente, en el acto de recordar-olvidar; y la pregunta sobre el pasado siempre es un proceso subjetivo que se construye socialmente.

Desde la idea de Jelin (2002), pienso en mi pasado, en aquellos escritos que se encuentran aquí presentes, en el carácter narrativo que le he dado para desarrollar los conceptos. Ese pasado cobra sentido porque se vuelve colectivo al traerlo al presente. Tanto usted, como cualquier otro, podrá relacionarse con esas vivencias narradas porque se vuelve una zona común si se evocan recuerdos; como también se recuerdan, dándole una resignificación en nuestro presente, pero se les da una posibilidad al olvido, como ese acto sanador o liberador.

Por ello, me siento relacionada con ese acto de recordar-olvidar, que plantea Jelin (2002), en mi proceso de escritura y también artístico; ya que, como he mencionado muchas veces, el escribir es un ejercicio sanador y liberador. Aunque se tocan heridas del pasado, es terapéutico en lo personal. Y esto fue algo no previsto, fue entrando en la investigación que vine a dar cuenta de ello. Ahora, analizo cuantas veces sentí ese pasado atorado o anudado a una parte de mí ser, pero entiendo que ese mismo pasado construyó mi yo del presente.

Frente al concepto de *memoria colectiva*, Jelin (2002) lo resuelve a partir del marco social y engloba a la familia, la religión y la clase social, con ello le da sentido a una individualidad concreta. La reconstrucción de la memoria colectiva se ve influenciada por todos

aquellos momentos cargados de dramatización, como se decía del aspecto autobiográfico, y toma sus representaciones a partir de consignas sobre no repetir acciones que fueron dolorosas para una comunidad, país o el mundo entero.

Un ejemplo de ello son los monumentos (a manera de un objeto que se recuerda) que se han levantado por las víctimas del holocausto o el caso de los sobrevivientes de la bomba atómica de Hiroshima. Esto me hace pensar en los objetos familiares, por ejemplo, una foto, que es transmitida de generación en generación, contienen historias y recuerdos, que eran, son y serán compartidos dentro de una familia.

A través de esos objetos se transmiten tradiciones, valores y recuerdos, que contribuyen a la memoria colectiva de una familia. Para concluir este aspecto, es de mencionar que los objetos personales desempeñan un rol importante en la evocación de recuerdos compartidos y en la construcción de la memoria colectiva. Ya sea a través de reliquias familiares, objetos conmemorativos, etc., estos pueden conectar a las personas con su pasado compartido y ayudar a preservar y transmitir la

historia de una familia o comunidad.

Concluyo, desde mi lectura de Jelin (2002), con que la memoria personal no se separa de la social y de esa construcción de identidades. Por el contrario, nuestras experiencias personales y nuestros recuerdos están intrínsecamente vinculados a las experiencias colectivas y esas narrativas que se comparten sobre el pasado influyen mutuamente en la forma en que nos comprendemos a nosotros mismos y a los demás, en sociedad.

En el *Capítulo 4: Historia y memoria Social* (Jelin, 2002), la autora plantea la relación que existe entre la historia y la memoria, pues comprende a la historia como quien se encarga de reconstruir lo que "realmente ocurrió" y a la memoria como un medio para esta acción. Dentro de este planteamiento, se divide el uso de la memoria de tres distintas maneras:

- La memoria como recurso para la investigación. Aquí se desarrolla, probablemente, el principal problema del capítulo. ¿Qué hacer con aquella parte subjetiva que influye en la formación de la memoria? Lo que la autora expone es que existen, en el estudio de la historia y de otras ciencias sociales, problemas en el uso de la memoria como recurso de investigación, pues las posturas frente a este problema plantean soluciones muy extremas, lo que deja a la memoria en la posición de "pasado inventado" (2002, pág.84). La autora propone, a partir del estudio de diversos casos, mantenerse en una postura intermedia, donde la memoria y todo lo que implica el proceso de su construcción, sea analizado y trabajado, teniendo en consideración también la historia crítica, así como datos concisos, pero apoyándose la una a la otra.
- Historizar la memoria. Se revela un planteamiento en cuanto al estudio de la memoria. Frente a los conflictos que ocasiona la formación de una memoria colectiva debido a algún evento traumático, Jelin lo llama "historiar la memoria" (2002, pág.89). Finalmente, esta pasa a ser un fenómeno que cambia a lo largo del tiempo. Es importante señalar que esta característica de la memoria afirma que el tiempo en el que se presentan los fenómenos sociales no es lineal o cronológico, sino que presenta rupturas.
- Huecos entre la historia y la memoria. Jelin (2002, pág.94) reafirma su propuesta de que los historiadores trabajan con los huecos de la memoria porque allí es donde se descubren importantes olvidos; es allí donde se pueden aclarar dudas y plantear nuevas reflexiones.

LA MEMORIA COLECTIVA

Crecí con una idea errónea sobre la memoria, todo el tiempo oí que todo debía ser escrito, para no ser olvidado y se me viene a la cabeza un recuerdo muy literal de ello:

Fui la primera nieta mujer, en la casa materna, en medio de tres hijos menores, con un intervalo de edad muy cercano. Por cuestiones de edad, diría yo, y por ser el miembro más pequeño en la familia era a quien se le convidaba a hacer los mandados. Recuerdo que me enviaban por todo tipo de cosas, tanto mis tíos, como mis abuelos. La tienda del barrio quedaba muy cerca a nuestra casa, además los dueños eran los suegros de un tío mayor, por eso, con una sola llamada al teléfono, podían pedir lo que se necesitara. Esto pasó por mi mente muchas veces, pero siempre hallaban la manera de enviarme caminando hasta allá.

Si mi abuela me mandaba por plátanos maduros, yo llegaba con cebolla, por lo cual debía regresar nuevamente por lo que se había solicitado. Al recordar este suceso, es imposible el evitar reír, repetía en el camino, una y otra vez, plátanos maduros, plátanos maduros, plátanos maduros; y, en cuanto llegaba al sitio y preguntaban por lo que quería llevar, terminaba diciendo cebolla cabezona o cualquier otro disparate.

Luego de ganarme muchos problemas con mi abuela, un día, no como cualquier otro, a mi abuelo se le salió sugerirme algo, diciendo más o menos, que yo debía escribir todo, hasta el más mínimo detalle porque solo así nunca olvidaría las cosas importantes de la vida. Sugirió que anotara en mi mano los mandados, para no solo evitarme futuros problemas con mi abuela, sino que además todo quedaría grabado.

Esto, con el tiempo, se volvió una obsesión, quería escribir cada cosa. Todo el tiempo, iba con un cuaderno a todas partes, escribía en las hojas de la parte trasera de los cuadernos de la escuela. Ahí se le dio fin a esta tarea porque mi mamá no solo leía cosas que le resultaban muy molestas e incómodas, sino que tomó una medida por los regaños que recibía en la escuela; bueno, yo iba a un colegio católico y el orden debía primar en mi vida, sobre todo en mis cuadernos.

Al dejar el ejercicio de la escritura, empecé a atender con curiosidad las conversaciones de mis abuelos, contaban unas historias muy peculiares de su vida en el campo. Había relatos oníricos y fantásticos, entonces, atendía con cuidado a los detalles. Estos relatos no fueron olvidados, fueron replicados y contados. Claro, en la escuela, yo siempre tenía algo nuevo que contar.

Cuando se es miembro de una comunidad o grupo social, se hace parte también tanto de las relaciones como del pensamiento del mismo. La relación entre los recuerdos propios y los de los otros dentro de esa colectividad representa una forma de memoria colectiva porque, como lo menciona Maurice Halbwachs (2004): “si se llega a olvidar un recuerdo o no pudiésemos dar cuenta de él, es que ya se dejó de ser parte de ese grupo” (2004, pág. 7). Aquello sucede también a la inversa, es decir, cuando los recuerdos de un grupo se reconstruyen fácilmente es que aún se forma parte de este. De forma colectiva resulta más productivo confluir en distintos puntos de vista alrededor de un acontecimiento que con una visión única o individual de alguna situación.

En el primer caso, la lectura y la mirada del acontecimiento son mucho más extensas y de más amplitud, como cuando se reconstruye entre varios una película que todos han visto; en el segundo, el espectro es más carente, más fragmentado, más limitado, ya que no existe este diálogo de miradas. La colectividad es de alguna forma el punto de apoyo para que la memoria se despliegue. Tomo como definición de *memoria colectiva* la que expresa Halbwachs:

Puede hablarse de memoria colectiva cuando evocamos un acontecimiento que ocupa un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos traído a la memoria, que lo hacemos presente en el momento en el que lo recordamos desde el punto de vista de ese grupo.

(2004, pág. 36)

Cuando contaba las historias de mis abuelos, también oía a mis amigas contar las historias similares a las de ellos o hasta sus propias experiencias. Una en particular, en la cual hicieron énfasis mis abuelitos un día, fue una historia que le había contado el papá de mi abuelo a él, donde mencionaba la razón por la cual no se debía correr cuando los papás nos pretendían “corregir con golpes” cuando nos habíamos portado mal. Todo se debía a que una persona que no conocía yo ni mi abuelo, cuando era niño, por correr ante el acto de desobediencia, se lo había tragado la tierra. En mi niñez, eso causó un impacto y mucho asombro para mí y mis amigas. Ellas terminaban contando situaciones que les acontecían y se volvía un encuentro de diálogo de vivencias y experiencias.

Traigo a colación este acto porque pienso en el constante ejercicio que efectuamos a diario con nuestras vivencias, donde ello que creemos personal llega a un punto de ser colectivo, no por el paso de esa información de generación a generación, sino la relación que podemos tener con la vida de otros.

El marco social siempre es importante en lo que se recuerda, ya que la memoria se enmarca en él. Este marco engloba todos los aspectos de una sociedad. Para Halbwachs (2004), solo es recuerdo aquello que se recuerda con respecto a los hechos que procuran a la memoria colectiva. Entonces, bajo esta premisa, el recuerdo nunca será individual, ya que se encuentra complementado por lo que se recuerda colectivamente. Por lo tanto, lo que se denomina memoria individual no es más que un punto de vista dentro del grupo y es este el que otorga los elementos con los cuales se reconoce y significa lo que hay que recordar o mantener en la memoria.

Bajo la concepción de memoria para Halbwachs (2004), me remito a cuando tenía trece años y mi prima Alexandra tenía once años. Nosotras solíamos ver televisión juntas mientras pintábamos o hacíamos tareas, y había un programa en el que uno llamaba a opinar sobre el caso que presentaban. Recuerdo que ella se metía en la situación y hacía análisis,

acordes a su edad, claro está. Ella tomaba el teléfono y marcaba los números que aparecían en el anuncio, a veces tomaba más de veinte minutos en obtener respuesta o que algún adulto llegara y ella tuviese que colgar. Yo lo recuerdo con mucha gracia porque nos pegábamos tremendo susto, luego, las risas no paraban, nos parecía divertidísimo. Yo solo recuerdo esa sonrisa pícara cuando le preguntaban qué estaba haciendo o a quién pretendía llamar. A esa edad, a un adulto qué se le podía ocurrir sobre a quién uno estuviera llamando.

Mi abuela recuerda esa anécdota, quizá ahora con algo de risa y un poco de queja, pero, en su momento, llegó el recibo del teléfono muy alto, lo cual era bastante curioso porque mi abuela solo hacía llamadas locales y muy

pocas, pero los altos costos indicaban un número fuera del territorio. Y empezaban las indagaciones, la búsqueda de culpables, lo cual terminaba apuntando a nosotras dos, por las horas de las llamadas que coincidían con la del programa tal. Lo que para mí es una travesura, una anécdota graciosa; para mi abuela, es una no muy grata, resulta incómoda y molesta, y recuerda es el castigo que obtuvimos de ello. Para Alexandra habrá una versión muy distinta a la mía o para mi abuelo. Actualmente, es más que una vivencia personal, es una anécdota familiar que es contada una y otra vez en alguna reunión. Me hace pensar en que la memoria colectiva se enriquece a partir de eventos significativos que han sido compartidos y dejan una huella en una comunidad. En mi caso, tiene relevancia para mi familia contar dicha anécdota. Y esta logra articularse a través de narrativas comunes, que son transmitidas a través de la oralidad, y generan sentido y significado a lo que respecta un evento pasado.

La existencia de centros documentales o archivos también es necesaria para la construcción de la memoria colectiva en un esfuerzo de sustentabilidad de lo recordado. En relación con mi trabajo plástico, me interesa ampliar la visión de una memoria personal que está siempre presente en mi obra con la de una memoria colectiva, pues me muevo y actúo dentro de una contemporaneidad latente que confronta la relación de mi cuerpo con el otro, la sociedad y los medios. Además, analizo el poder que dan los procesos artísticos de evocar emociones y crear conexiones

emocionales con el otro. Al plantear obras autobiográficas a partir de una memoria personal, la obra puede tocar fibras sensibles y generar reflexiones, para así construir una memoria colectiva.

LA NECESIDAD DE LA MEMORIA

Para la Reina Blanca, en *Alicia en el país de las maravillas* (1993), es pobre la memoria que solo funciona hacia atrás. Si bien me lleva a una concepción limitada de la memoria, como un proceso que solo recuerda eventos pasados, también me indica una memoria poco valiosa. Cuando se limita a producir recuerdos históricos, sin considerar esa capacidad que sostiene para influir en el presente y plantearse un futuro. La memoria no solo nos permite recordar sucesos y experiencias pasadas, sino que también nos ayuda a aprender de ellas, a anticipar el futuro y a tomar decisiones en el presente. Nuestra memoria de experiencias pasadas moldea nuestras creencias, valores y hasta personalidad, es decir, que cumple un papel importante en lo último. Recordar es importante porque nos permite aprender, construir nuestra identidad, como también fortalece nuestra resiliencia. La capacidad de recordar experiencias pasadas es fundamental para ayudarnos a comprender donde estamos en el presente y cómo queremos avanzar en el futuro.

La necesidad de la memoria no se limita simplemente a recordar el pasado, sino que también implica utilizar la memoria de manera reflexiva y proactiva para comprender el presente y orientar nuestras acciones hacia el futuro. Una memoria que no es pobre es aquella que no solo mira hacia atrás, sino que también mira hacia delante y aprovecha la sabiduría que nos da el pasado para construir un futuro mejor.

Al terminar de escribir los párrafos anteriores, pensé en qué sería de nosotros sin los recuerdos, qué sería de nosotros si nuestra memoria dejara de evocarnos recuerdos. Si bien hay algunos que no resultan muy gratos, hay otros que hacen de nuestro presente, de nuestra vida, algo más lindo; nos genera alegría la ilusión de volver al

DE

LA

MEMORIA

pasado, pero nos damos cuenta de que ese tiempo atrás nos construye constantemente como individuos en una sociedad. Para Ireneo Funes, el protagonista del cuento *Funes el Memorioso* de Jorge Luis Borges (1942), la memoria es como un ejercicio insoportable, una tortura. Cada instante y cada detalle de la realidad es acumulada en su mente, llenan su cabeza de recuerdos y fragmentos mentales odiados y evitados hasta el cansancio. El recuerdo lo atormenta. Funes es un mártir al cual le es imposible olvidar. A veces pienso que recordar es algo bello, es como una fantasía, estás un día soñando el momento más fulminante de tu vida, la infancia de tu hermano y sientes una

felicidad que te ahonda, te levantas y esa sonrisa no sale de tu rostro, quieres volver a vivir ese momento o piensas en qué pasaría si esos años no hubiesen pasado tan rápido, hasta quisieras retroceder en el tiempo. Para otros, ese acto constante, casi que permanente, de recordar es una tortura, como para Funes, porque hay momentos en los que quisiéramos que pasara una ola y se los llevara. Por dolorosos que resultan, quieren bloquear esos recuerdos, así como desearlos no ser vividos.

Por su parte, para Leonard Shelby, el protagonista de la película *Memento* (2000), el suplicio anida en la imposibilidad de recordar. Sus fugaces estados de conciencia son objeto de un paciente trabajo de registro. Imágenes y palabras que se acumulan sobre su cuerpo, llenan sus bolsillos e invaden su habitación. Si el mundo castiga a Funes con sus impresiones hirientes, el protagonista de esta película vive una realidad inexistente. Hay momentos en los que nos hemos sentido como ese Leonard, cuando intentamos recordar cosas pequeñas, pero nos cuesta hacerlo; por más esfuerzo que hagamos, no lo logramos. Pero hay momentos o están quienes quisieran ser alguna vez Leonard, para contar con esa imposibilidad de no recordar, aquellas situaciones que duele o son traumáticas, para otros.

C

onsidero que así funciona la vida, es una dualidad, entre lo bueno y lo malo. Están esos recuerdos que son gratos y están aquellos que no lo son. Somos un cuerpo contenedor de memoria y de recuerdos, a lo largo de nuestra vista estamos viviendo momentos fulminantes y otros de impacto. Pero ¿qué sería de nosotros sin la memoria?, esa imposibilidad de recordar, sin recordar esos fragmentos de nuestro pasado, que se vuelven una luz en nuestro presente.

onsidero que así funciona la vida, es una dualidad, entre lo bueno y lo malo. Están esos recuerdos que son gratos y están aquellos que no lo son. Somos un cuerpo contenedor de memoria y de recuerdos, a lo largo de nuestra vista estamos viviendo momentos

DESDE LA PRÁCTICA ARTÍSTICA

Desde esta perspectiva, cabría repensar las formas en que se puede abordar un concepto como la *memoria*, su existencia singular y su necesidad. Ver, escuchar, hablar, repensar y percibir son al mismo tiempo manifestaciones y formas de generar memoria. Se puede pensar, entonces, que las relaciones de poder generan efectos estéticos y a la inversa, puesto que en las expresiones artísticas y culturales —en las que se instrumentan formas de ver, mostrar, decir, escuchar, simbolizar, significar y nombrar— se despliegan efectos de poder.

En mi proceso de escritura, estas determinan mi perspectiva y esa voz narrativa en mis propios escritos. El solo hecho de sentirme inclinada a escribir situaciones relacionadas con mi identidad y experiencias personales, que son relevantes para mí, debido a esas dinámicas de poder que he experimentado a lo largo de los años. Me hace pensar en que también pueden afectar o influir en lo que se recuerda y aquello que narro en los escritos autobiográficos. Como también esa reinterpretación o reevaluación de eventos pasados a luz de mi propia comprensión actual de las dinámicas de poder, lo que influye en la manera en que presento la escritura.

Como artista me inspiro en mis propias experiencias personales y recuerdos para crear. Tomo aquellos eventos significativos, las emociones más profundas y aquellos momentos de reflexión, que me son útiles como expresión artística. La memoria personal influye en la elección de otros conceptos para ser abordados, en el uso de determinada técnica para ser desarrollada en este proceso de investigación, dándome un estilo como creadora. La memoria tiene un papel fundamental en la práctica artística, inspirando, evocando, remitiendo y enriqueciendo la creación artística en sus múltiples formas y expresiones. Mis recuerdos, que han sido guardados en mi memoria, son inspiración y reflexión, así como también son un medio de exploración y de cuestionamiento de las narrativas creadas y las representaciones de ese pasado y de este presente.

En mi proceso de investigación, las relaciones de poder tienen una profunda influencia en la producción y la percepción de lo estético, lo que le da forma a mis propias experiencias y permite el resultado de mis procesos artísticos. Además, estas influyen también en eventos históricos, lo que genera su recuerdo y celebración, como también ese olvido o silenciamiento de los mismos. Esto tiene un impacto de gran significado en la construcción de identidad y en la manera en que es comprendido ese pasado.

REFERENTES ARTÍSTICOS

Me entusiasma tomar como referente para mi proyecto de investigación el diario de esta niña judía que, durante la Segunda Guerra Mundial, sufrió la persecución de los nazis y que, finalmente, murió dentro de un campo de concentración. Ella, en lo personal, me hace pensar en ¿cómo recordar y honrar a quienes han sufrido en un pasado?, y, también, logro conectar sus escritos, en la forma cómo he abordado el documento, donde esos relatos personales, van construyendo una historia en este y en ella, es la construcción de la historia, en la vida de otros. Además, Anna, como referente, no solo me evoca memoria, sino también historia, identidad y una narrativa muy personal, elementos que considero a lo largo de la escritura de la tesis. Junto con otras siete personas, permaneció escondida en la “casa de atrás” del edificio situado en el canal Prinsengracht N.º 263, en Ámsterdam. Después de más de dos años de haber estado ocultos, los escondidos son descubiertos y deportados a campos de concentración. De los ocho escondidos, solo el padre de Anna, Otto Frank, sobrevivió a la guerra. Después de su muerte, Anna se hizo mundialmente famosa gracias al diario que escribió durante el tiempo que estuvo escondida. Lo que me interesa de Anna Frank para mi trabajo se condensa en lo siguiente:

- El uso del diario. El registro que ella mantiene día a día, en el que relata cuidadosamente lo ocurrido. En lo personal, mis escritos, cartas, libretas y hojas sueltas, en la mayoría de las ocasiones, van precedidos por una fecha y unos datos, con el objetivo de recordar el lugar y el tiempo.
 - Su contexto. Anna, como niña judía durante la Segunda Guerra Mundial, recurrió a esconderse para salvarse de la persecución nazi. Durante ese periodo, ella escribió su diario y en él relató lo que ocurrió afuera, a la par de su realidad ficcional. Escribió cuentos cortos y coleccionó citas de escritores en un documento titulado “libro de frases bonitas”. En mi trabajo plástico, la escritura opera como un sistema de símbolos figurados; puedo expresar lo que siento y, a la vez conjeturo, las heridas causadas por un amor lejano e imposible.

“El diario de Anna Frank”
(2001)

Me interesa la obra de esta fotógrafa francesa nacida en París en 1953 porque, además del uso de la fotografía como medio expresivo, al igual que de composiciones e instalaciones, la artista también se vale de textos producidos por ella para alimentar su obra. Otro elemento seductor de Sophie Calle es la forma como convierte una ficción en realidad y, luego, esa realidad logra volverla ficticia.

Dolor Exquisito (2008) es un libro de autor de Sophie Calle que se convierte en un soporte para la imagen fotográfica, ya que la transforma de imagen indexal a imagen narrativa. Se vuelve un libro en el que la imagen y el texto no pueden separarse. Esta obra es un híbrido, es una frontera que mezcla géneros y territorios, dada al mismo tiempo como un libro de viajes y como un viaje interior que reconstruye una vida. Es también un instrumento catalizador que, a su vez, propicia una sanación, pues se constituye como un mecanismo que sirve para hacer el duelo.

Además, Sophie Calle toma la fotografía en su naturaleza misma como un mecanismo para congelar el tiempo, mostrar el pasado y capturar el presente. Según Maurice Halbwachs (2004), las fotografías y los álbumes familiares pueden pensarse como espacios de memoria, dado que se sitúan marcos de contención y referencia para la rememoración.

De esta manera, Sophie Calle es un referente dentro de mi trabajo, ya que el principal objeto de su obra es la intimidad, en particular, la de ella. Está obsesionada por la mirada, tanto la de otros como la suya; qué miran los otros cuando me miran. Mirar es, además, una necesidad por saber del otro, como lo

Sophie Calle

demuestra en su obra *Suite Vénitienne* (1980).

El voyerismo de Calle lo relaciono con mi trabajo como un dispositivo de la mirada, una mirada que viaja al interior de nuestra intimidad. Por medio de mis textos, permito que la intimidad del otro se revele y nos envuelva, así como en la serie de Sophie Calle llamada *Los durmientes*, pues las historias de los otros no son tan lejanas a las de nosotros. De esta manera, la obra de Calle permite que nos involucremos y que seamos parte de las historias que nos quiere narrar.

Muchas mujeres y hombres interpretan de distintas formas los duelos de amor: cantan, gritan, lloran, dan respuestas a los mensajes de sus ex parejas, escriben cartas, viven con su dolor, etc. Es por ello que *Cuídese mucho* (2015), la obra de Sophie Calle, es de mi interés, pues allí nuevamente surge la idea de la intimidad, el otro y la importante noción del concepto de ausencia, el pasado y el olvido.

SOBRE EL OLVIDO

Aconteceres tristes I

12 de agosto

Carta a un sujeto ausente, mi padre

Durante muchas noches, por periodos muy largos, conservaba el mismo sueño. Era una mañana muy fría, de esas en las que el cielo se torna tan gris, que contagia hasta el alma. Yo, parada justo al borde de la ventana, esperando lo inesperado, aun sabiendo que eso tan esperado siempre lo seguiría esperando. Veía siempre el mismo camino largo, tan largo que se podía perder mi mirada en el horizonte, sentía mis piernas adormecidas de tanto esperar, mis manitos sudorosas e impacientes, mi estómago sonaba y podía sentir un leve ardor, que solía confundir con mil mariposas a punto de estallar. Posaban en mis ojos dos lágrimas, conteniendo un mar a punto de rebosar, una garganta seca, tan enjuto que se sentía como un paño de agujas que atiborraban mi garganta, y un grito seco estancado en lo más hondo de mi ser. Aún puedo recordar ese dolor dentro, en lo más profundo de mí, como cien cuchillas desgarrando ese pequeño músculo, al que llamamos corazón. Después de muchos años, logro entender que aquello no era un simple sueño, era un recuerdo, un acontecer, de esos que son tan tristes, que no se quieren desvanecer. Ha pasado ya tanto tiempo, pero, a través de este, se sigue recordando, está ahí, sin querer ser olvidado.

El fragmento anterior me hace reflexionar sobre aquella experiencia en la que no olvidé, solo dejé de recordar aquello que no creí necesario o, quizás, aquello que lastima. Duelen recordar aquellos episodios que han sido caóticos o traumáticos. Y puedo aseverar que existe una relación muy estrecha entre la memoria y el olvido, esta es casi que incuestionable. No se podría hablar de la memoria sin mencionar el olvido. Desde mi experiencia, considero que el olvido no es malo, hasta podría ser beneficioso de una u otra manera, como menciono en la carta a mi padre, recuerdo cosas de mi infancia, que a veces las siento tan lucidas, como si el tiempo no hubiese pasado. Aparecen aquellas sensaciones que pueden ser hasta insoportables, pero hay otras que sencillamente se han ido desvaneciendo, que van dejando a su paso un poco de tranquilidad dentro de mí.

Imaginemos si, dentro de nuestra adultez, pudiéramos recordar cada momento, paso, detalle de nuestra vida. Muy seguramente sería un ejercicio insoportable. Para Irene, el protagonista del cuento *Funes el Memorioso* de Jorge Luis Borges (1942), la memoria es como un ejercicio insoportable, una tortura. Cada instante y cada detalle de la realidad acumulados en su mente, llenan su cabeza de recuerdos y fragmentos mentales odiados y evitados hasta el cansancio. El recuerdo lo atormenta. Funes es un mártir, al cual le es imposible olvidar.

Él podía reconstruir lo acontecido en un día entero, tanto así que Funes dice: "más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo" (Borges, 1942, p. 131) porque, mientras nosotros de un vistazo podríamos ver algunos aspectos dentro de un espacio, él podría recordar todos los detalles que ahí se encontrasen, debido a esa misma tortura que para él es recordar.

Bajo esta premisa, no podríamos hablar de la memoria, sin mencionar al olvido, por ello, este capítulo tiene la necesidad de tocarlo y de reconocer que olvidar no es malo, como menciono en la carta a mi padre, es un ejercicio necesario y que muy seguramente nos ayudará a sanar esas heridas que el pasado nos ha dejado.

Como seres humanos no olvidamos, solo que vamos guardando recuerdos de múltiples formas en nuestra mente. Nos duele recordar episodios que han sido caóticos o traumáticos.



Pero, ¿de qué olvido estamos hablando? Me refiero básicamente a dos formas de olvidar que implican cierto registro y representación de los hechos, cercano a los que plantea Ricœur (2004):

- Un olvido que borra las huellas, que surge como un mecanismo deconstructivo (Ricœur, 2004).
- Un olvido que preserva o un olvido constructor que Ricœur llama “de reserva” y que hace posible el recuerdo (Ricœur, 2004).
Como seres humanos, tenemos la facultad de poder recordar todo aquello que hemos olvidado. Funciona como ese alivio que nos produce encontrar ese algo que habíamos perdido. Este olvido de reserva es aquel que reconoce el recuerdo, pero no lo toca, lo deja donde está, buscándole siempre un lugar, pues no tiene intención alguna de destruirlo o elaborarlo.

Estas formas de olvido son los ejes que mueven mi interés de investigación. Son el punto de partida que me motivan a pensar en las distintas formas en que el recuerdo y el olvido se manifiestan. De esta idea surgen preguntas en la investigación que buscan estimular conexiones y asociaciones entre diferentes niveles conceptuales; y me permiten abordar, entre otros, los siguientes temas:

- Construcción del pasado (el olvido en las fuentes, en los archivos, en la narrativa y en la historia). Escritura del pasado, el lugar de la ficción y el pasado que inventamos.
- Olvido como duelo, liberación, soledad y evasión.
 - Olvido de reserva. Usos del pasado y olvidos constructivos, el legado.
 - Suspensión del pasado, el presente o el futuro.
 - Deber de memoria (verdad) y deber de olvido (alivio), recuerdos que causan nuevos olvidos.
 - El trauma: repetición y trabajo de rememoración.
 - El vacío: la tensión entre ausencia y presencia.

NECESIDAD DEL OLVIDO

“Es necesario el olvido”, escribió Friedrich Nietzsche (2006, p. 17) y Tzvetan Todorov (2008). Y lo dijo, al igual que Nietzsche, para que se recuerde que debe olvidarse. Es un planteamiento interesante que tiene un antecedente en una imposición realizada en los tiempos de la Grecia clásica, consistente en no recordarles a los vencidos, después de una guerra, su derrota. Si los griegos fueron primigenios en el arte de la memoria, lo fueron también en la cuestión del olvido. Llegaron a legalizar el olvido mediante decretos que prohibían el recordatorio de las tragedias con pena de ser castigados (Loraux). Esta práctica del olvido social se inauguró en Grecia hacia el siglo V a. C., la cual se mantiene al paso de los dos siguientes milenios y sus fines se expanden a otros terrenos en el siglo XX.

EL OLVIDO EN CONTRAPOSICIÓN CON LA MEMORIA COLECTIVA

Contrario a la memoria colectiva, que insiste en la multiplicidad de voces, el olvido social se irgue sobre la base de una sola versión, la única válida, que según el ritmo de los acontecimientos es supuestamente inevitable. No había de otra, según la información del pasado que se presenta y a la que todo mundo tiene acceso. Si se le hace caso a la información, no existen otros caminos; y si los había, estos conducían al desorden, a las inequidades, al sufrimiento y a lo indeseable.

Y así como ese alguien que yace bajo un recuerdo atorado en el pecho, en una espera inconstante, es como siente la ausencia del otro. Cuando ese otro parte, no solo es una pérdida material, se convierte en todos aquellos momentos que se han quedado congelados en el pasado, una sombra que deambula alrededor de nosotros, el hubiera se asoma constantemente y esos recuerdos "*vuelven a ser pasados por el corazón*" (Galeano, 2000, p. 4). Nuestro cuerpo padece como si

algo de nosotros hubiese salido por la puerta, así sin despedirse, dejando un vacío que no puede ser llenado. Y es que toda ausencia indica la no presencia de algo o de alguien, como el título de esta investigación Ausencias presentes. Por mucho tiempo, me pensé mientras escribía: ¿y si sencillamente quien no está deja de estar?, pero no, toda ausencia en mi vida ha representado una presencia invisible, por los recuerdos que han sido evocados y me remiten a ese tiempo

SOBRE LA AUSENCIA

Esto me pasa cada vez que dejo de pensar en vos,

Primero te asomas desde la esquinita, como un niño que busca ser encontrado, como esos días en los que amanecen grisáceos, se contrastan de un azul tan sereno, pero de repente se va tornado de un amarillo que se vuelve tan vivo, que sientes que esa luz, aun estando dentro, te quema.

Luego caminas por la otra cera, como una hoja que va siendo arrastrada por el viento, lento de a poquito y ves desde el suelo, como quiere ser elevada, para echar vuelo.

Finalmente, como el frío de la madrugada, que entra por la ventana, aupando todo a su paso y sin la mayor cautela te envuelve gélido de arriba abajo.

Y sí, apareces buscando la nada que yace hay dentro de mí. Y yo, con todos los meses, me temo hallar esperándote, como el que aguarda bajo el sol una lluvia intensa en tiempo de sequía, primero se árida la piel de no ser regada, antes de que brote agua.

pasado y es como si volviéramos a vivir. Así puede sentirse a veces o pensar en los sentimientos que fueron sentidos, que dejan un vestigio dentro de nosotros porque si no, ¿cómo puedo explicar el sentir mi corazón latir a punto de reventar cuando me mencionan ese nombre o ese momento?

El que no está, sencillamente, no se ha marchado, ha dejado algo en nosotros que logramos conservar con nostalgia o alegría. Al ausente se le sienta en la mesa a la hora del desayuno, nosotros tomamos la determinación de desayunar con él o simplemente decidir que haga el ayuno.

PENSAMOS EN EL PASADO, QUE NO PODEMOS REGRESAR

Cuando nos hablan de ausencia tendemos a crear un discurso más aproximado al amor, a una vida sentimental, a un ser amado ausente y un sufrimiento en torno a ello. Pues como bien lo canta Juan Gabriel, que hace parte de nuestra cultura popular y de quien conocemos muchas de sus canciones porque crecimos relacionados con ellas: *"probablemente de mí ya te has olvidado"* (Juan Gabriel, 0,22", 1974); yo siento que hay un ser que se ha marchado, ese otro que se amó, que — aunque su partida ha dejado una profunda tristeza— se piensa sí ese alguien aún nos quiere o nos recuerda. Porque muy bien lo dice *"mientras tanto yo, te seguiré esperando"* (0,24, 1974), esa ausencia está suplicando una presencia nuevamente en nuestras vidas, una espera que nos remite a un tiempo pasado, la añoranza de un tiempo vivido.

Considero que toda ausencia no me remite a una vida amorosa propiamente hacia un hombre o un amante; como yo lo abordo, me hace pensar en todos los tipos de ausencia que puede vivir alguien: ese hijo que se ha ido a vivir a otro lugar, ese ser que ha muerto, ese esposo que padece una enfermedad terminal, ese hermano que ha presenciado una pérdida material o ese papá que ha abandonado unos hijos, de aquí nos pueden salir múltiples ejemplos. Durante el proceso de investigación, comprendí que había situaciones de mi vida que me marcaron porque la ausencia también indica una pérdida. Pensaba en ese pasado que yo ni nadie puede regresar. El evocar, remitir y pensar en un pasado que no se puede recuperar es una experiencia muy compleja que despertó en mí muchas emociones y reflexiones, como quizá a usted también le ha sucedido. Entendí que no se puede cambiar lo vivido, podemos hallarle un significado y también un valor a nuestras experiencias pasadas, mientras construimos nuestro futuro.

DESARROLLO DE LA OBRA

Mi trabajo consiste en superar repeticiones y olvidos, aprender a tomar distancia, así como informar sobre la reflexión sobre el pasado para alcanzar un anhelado buen presente y, por lo tanto, también un buen futuro.

En mi trabajo plástico, recorro a varias estrategias para atrapar la memoria, como la de escribir; en este caso también se puede hablar de una memoria escrita. Asumo la escritura como un instrumento visual y de signos que puedo archivar de manera cotidiana.

Escribo sobre mi cuerpo y escribo sobre el papel; escribo cartas a un ser ausente que quizá nunca vaya a leer los reclamos que mi ser quiere exorcizar, para así liberarse de un pasado que inevitablemente se convierte en presente.

En mi trabajo personal, sitúo una memoria personal a partir de mis experiencias de vida e historias que han sucedido en el tiempo y el espacio. Mi obra es una selección que contiene tanto olvidos como recuerdos.

He decidido que el secreto es el principio de todo, pues conforma algunos actos y hechos que son lo principal de todo el trabajo. Por ende, no es la revelación de todo, sino una recopilación de los procesos artísticos, aquí se podrán leer fragmentos de poemas hechos a máquina; revisar las bitácoras donde se han escrito pequeños poemas o dibujado personas; como también otros elementos que han acompañado este proceso. Encontrarán los sobres y hojas que han sido intervenidos, los cuales contienen una temporalidad, unas fechas y unas frases; como también hay fotografías, que hacen parte del álbum familiar. Sin estos elementos, no hubiese sido posible llegar al desarrollo y la conclusión de esta investigación, son herramientas que la acompañan, como también la desarrollan.

Esta instalación es contenedora de los sentimientos, encontrarán las palabras que he escrito en los sobres, hojas y libretas, como los mismos que evocan las fotografías de mi infancia. Es importante porque hacen parte del desarrollo de la obra *Del silencio*. Contiene palabras, está hecha para ser recorrida, aspirada, sentida, observada y, finalmente, remitida. Se busca evocar nuestra vida familiar o afectiva, con los escritos, imágenes y palabras presentes.

Como referente artístico, Frida Kahlo manifestaba sus sentimientos de amor de manera sincera, como también su rabia y desamor. Por ende, sus pinturas siempre están impregnadas de sensaciones y emociones hacia su amado. La escritura es un elemento importante en su vida, es el registro de sus vivencias, y este aspecto me es de interés, ya que llevaba sus anotaciones y pensamientos en un diario. Este contenía notas y dibujos donde sus sentimientos más profundos quedan al desnudo. Así como ella, la escritura para mí es la manera de compilar muchos sentires causados en un pasado.

Se denomina *De los secretos* porque para mí todo comienza recordando un pasado que quisiera no recordar, que muy posiblemente quisiera olvidar, pero finalmente termina envolviéndome dentro de mi postura y mirada como mujer, como ser sensible. La escritura está sujeta a nuestras pasiones, temores, sentires o ideas reprimidas, etc.; ahí es en donde esta contiene una potencia de liberarnos, de liberar aquello tan profundo que guardamos.

Esta pieza está compuesta por sobres que son contenedores de vacío, portadores de mensajes que no fueron recibidos porque nunca fueron enviados; son los mensajes que se transportaron desde lo más profundo del ser. También hay fragmentos que fueron redactados con lágrimas en los ojos, frente a una máquina de escribir. Como también hay papeles que se han desgastado con el tiempo, que aluden a los días de espera, que con la angustia han recorrido mesas, libros, sillas, etc. Es el libro de los secretos porque aguardan aquellos sentimientos que son preservados sobre el papel.

En mis manos, como creadora los diferentes objetos que se presentan, se puede generar que estos adquieran un halo enigmático, como también familiar. Los registros, imágenes, palabras y demás elementos que trabajo están abiertos a un universo de ambigüedades, lo que le da a la obra un carácter procesual, que me permite tomar en cualquier momento ese material que voy acopiando de manera espontánea, compulsiva o caprichosa, y transformar lo sensible en algo visible, como también en una composición visual, como es *Del silencio*, donde ese material expuesto se ha transformado en algo que se puede percibir, leer, observar, escuchar, etc.

En este fragmento, irán aquellas cosas que no se pueden decir, pero que se revelan de otras formas; aquello que no será dicho, pero será manifestado. Del silencio alude a una evocación consciente e inconsciente, producida por recuerdos y vivencias que están escritas; aquello que ha sido conservado, que fue sacado del baúl de los recuerdos y que al abrirse causó dolor, pero finalmente esas palabras terminaron convirtiéndose en la herramienta canalizadora, para dejar ir aquella dolencia.

Esta acción hace uso del cuerpo, quien parece estar presente; aquella masa que contiene todos los recuerdos y sentires, aquel que se conecta con lo desconocido, con el otro, los otros y conmigo misma. Por ello, el interés de esta acción se halla en el cuerpo, en sus afectaciones; un cuerpo que ha padecido una ausencia, que las conserva, las vence y las expone a través del tiempo. Me interesa lo físico y lo anímico, ya que este pasa por unas emociones meramente íntimas, contrastadas hacia una realidad del exterior. En mi trabajo, intento revelar lo que mi cuerpo siente cuando se enfrenta a la experiencia de vivir la vida misma, cuando esas relaciones con los otros —las personas que han hecho parte de mi vida— han dejado una ausencia y es mi cuerpo quien es contenedor de esas emociones, melancolía, tristeza y otros dolores que solo él soporta.

Pienso esta acción performática como el médium que usa un cuerpo para emitir una voz que no es la suya. Mi cuerpo es el medio para el doliente, mis sentires que están contenidos dentro de él, trazo con letras sobre él todo aquello que se lleva desbordado adentro. Muchas veces me cuestioné durante el proceso de creación: ¿cómo se canaliza lo que se lleva

dentro? Rondaba y rondaba por mi cabeza, sin decir que casi que a diario; creí que no hallaría respuestas explícitas, pero sin darme cuenta, en lo que escribía, iba evidenciando la palabra, como un ente sanador, aquel que cura heridas porque es quien funciona como forma de liberar todo aquello que está guardado.

Trabajo la unión de imágenes y palabras del pasado, los recuerdos recuperados, los acontecimientos evocados, los sonidos conservados y esas heridas no cicatrizadas que esperan ser sanadas; todo ello se convierte en una voluntad acérrima de cultivar una obra que funcione como antídoto sanador. No puedo recuperar el pasado ni a quienes fueron parte de él, tampoco es mi interés desde el ahora; pero sí puedo aspirar a convocarlo desde mi presente, desde ese lugar que ocupa hoy en día en mi corazón, como también en mi cuerpo. Junto a esto, comprendo de esta manera que las vivencias se miden en palabras y las imágenes son escritas con palabras, y construyo palabras que provienen de las vivencias y los sentimientos más profundos.

En esta obra está presente lo efímero y lo temporal. Me interesa abordar medios como la performance, exploro el cuerpo como soporte a manera de un lienzo, siendo fundamental porque resulta ser como un recipiente que contiene recuerdos, memoria, ausencias y sensaciones afectivas, ya que todo pasa por él.

La pieza juega con una luz melancólica, que demarca solo un fragmento del lugar, que alude a un cuerpo in situ, no solo estático, sino también en movimientos lentos. Y sí, es una acción que aguarda silenciosa; pero emana solo aquello que se debe dejar develado.

Recuerdo a María, de la novela *María* (Isaacs, 1969), un caso de la literatura; ella, en la espera angustiada de su ser amado, prefiere dejarse morir. Durante un año, la relación con Efraín es mantenida con cartas, hasta que recibe la noticia de que su amada ha empeorado de su enfermedad, producida por su ausencia y solo la presencia suya podría salvarla. Este emprende su retorno, pero, al llegar, María ha fallecido. Veo esto como un gesto de dolor por la pérdida de ese gran amor; en especial, porque este, sumergido en su tristeza, arranca la planta de rosas que ella había sembrado como símbolo de su amor.

Y ahí hago la lectura de que la ausencia de ese otro se manifiesta como la presencia de la angustia y temor a perder algo de nuestra vida, que está sembrado en el cuerpo y echa raíces en el corazón. Este órgano –el más sensible en lo que a mí respecta, en nuestras relaciones afectivas– funciona como un cofre, en el que se guarda el más preciado de los sentimientos, que nos da a convidar ese ser querido.

Tomo fragmentos de texto que son escritos sobre la piel, un cuerpo, y aluden a lo que se desprende de algo, ya que esas relaciones afectivas crean unos vínculos, que al romperse pueden crear unas afectaciones que terminan por indisponer el cuerpo, por esas fracciones de espacio y tiempo vividos. Esos textos en deconstrucción solo son revelados en pedazos, como indicio de una ruptura. En esa ruptura, se encuentra una pérdida, un tono melancólico dado por la reminiscencia de un ser ausente que está presente en los mismos escritos y el cuerpo mismo que ahí se encuentra. El ausente se manifiesta también en tramos, que con el tiempo se han empezado a diluir y han dejado solo fragmentos o huellas que se acoplan al cuerpo como un paisaje.

En mi proceso artístico, relaciono las vivencias y los recuerdos que quizá de una manera inconsciente mi ser quiere guardar con la acción donde cada palabra toma forma en una imagen sobre el cuerpo. Una imagen que se puede repetir con un gesto impulsivo, donde son escritos esos fragmentos de poemas. Mis experiencias con el otro-ausente deben, como todo acontecimiento, quedar registradas, ser consumadas; y es ahí donde, a través de la poética que conlleva pensar en acto artístico-sanador, se hace práctico este propósito, por medio de esa acción repetitiva de escribir.

Recurso a estrategias para preservar recuerdos, como también para sanarlos. La escritura es una herramienta, como también un instrumento visual. Así como escribo sobre el papel, escribo sobre mi cuerpo. Se escriben cartas a un ser ausente, cartas que quizá nunca vaya a leer; ello es una forma de exorcizar para liberarse de un pasado.

Traigo a colación a Barthes, cuando menciona que la escritura funciona como una *Segunda memoria* (p.15, 1990) para el ser humano, con lo que se refiere a la capacidad que posee la escritura para preservar y transmitir lo que se conoce y la experiencia más allá de una memoria individual. Esa idea que plantea sobre la escritura me hace analizar que esta no solo registra, sino que es una herramienta para preservar lo pensado, sentido, etc.; que todo ello será transmitido con el pasar del tiempo. La escritura nos permiten que esas ideas, historias y acontecimientos sean compartidos y vayan mucho más allá de una experiencia individual, no solo difundiéndose y perdurando, sino que se habla de una colectividad.

Considero que las palabras o los escritos son aquello que puede lograr mantenerse, por ello, en mi obra, hago uso del texto escrito porque me permite crear narraciones sobre mis experiencias pasadas en forma de poemas o cartas, que no solo pueden ser vistas o leídas, sino que también son traídas al presente una y otra vez. Es un acto caprichoso el escribir, ya que se efectúa para no tener que recordar y así liberar ese pasado; pero se escribe, se borra y también se llega a recordar. No obstante, con el paso del tiempo, esos acontecimientos toman otro significado y los sentimientos van cambiando; entonces se van dejando atrás algunos aspectos y cobran otro tipo de lectura y sentido. Para mí, el acto de escribir es recordar. No solo me remite al pasado, me permite reconstruir la vida, en tiempo presente, tomando lo sanado, dejando atrás lo que se ha liberado.

Estuve sentada en la cama, inundada de pensamientos, vagos, confusos y desoladores; sentí que alguien se acercaba a la puerta y entró con rapidez a la habitación para preguntarme si le había llamado, a lo cual negué con mi cabeza. Salió con sigilo, pero mi yo se sintió intranquila, quería pararme e ir a preguntarle algo, no sé qué, pero debía levantarme. Sin embargo, no respondieron mis piernas, luché contra esa imposibilidad hasta lograr arrastrarlas hacia el suelo. Me sujeté al borde de la cama y de la pared, y logré levantar mi cuerpo. Mis pies fueron rápidos al caminar, fui detrás de él, mientras subía las escaleras de la casa. Me miró sobre el hombro, sin dejar de caminar, y me dijo: "Marce, no me dejes ir. Marce, no me quiero ir". Hasta que entró a su habitación y desapareció. Y sí, desaparecer, porque no logré hallarlo dentro de ella. Les pregunté a mis padres por él, pero no me dieron respuesta alguna. Mi cuerpo se quedó helado, lo pude sentir, se me paralizó el corazón, me sentí ahogarme en ese instante, las lágrimas corrieron por mis mejillas. Lo padecí hasta que pude abrir los ojos y me di cuenta de que era un mal sueño; pero mi corazón no dejaba de latir tan rápido como un caballo en una pista de carreras. Tenía esa sensación de ahogo, desespero e intranquilidad. Era como un presentimiento. Pasaron mil pensamientos por mi cabeza, mis lágrimas empezaron a correr por mis mejillas y ese llanto se volvió incontrolable; hacía ya mucho tiempo no lloraba con esa sensación atorada en la garganta.

A TRAVÉS DE LAS ENSOÑACIONES

A TRAVÉS DE LAS ENSOÑACIONES

De este sueño al que recurrí hace poco, puede hacer unas aseveraciones o conclusiones sobre este proceso de investigación porque en él pude conectar los tres conceptos importantes sobre esta tesis. Así como mi hermano, la persona de quien hablo no solo en este sueño, sino en otros fragmentos; mi padre; madre; un hombre que amé; ese hijo que perdí; y hasta mi niñez son figuras que han representado una presencia en mi vida, han generado unos sentimientos. He compilado unos recuerdos, mi memoria los ha evocado en mi presente porque, de alguna u otra forma, han estado, estuvieron o estarán ausentes.

Puedo concluir que la memoria moldea el pasado de acuerdo a los intereses de nuestro presente. Cuando hago aseveraciones de esto, me refiero a nuestra capacidad de bloquear recuerdos, como también de superar situaciones o afectaciones; de igual forma, hablo de ese acto bello de conmemorar los buenos recuerdos. No quisiéramos tener un pasado que nos inmovilice o nos ate, ni un presente que nos engeuezca; considero que por ello recurrimos a mecanismos para canalizar esas afectaciones vividas. También se halla la necesidad de preguntarse por ese olvido que permite recomponer los sucesos del pasado y, al mismo tiempo, pensar en ese futuro que deseamos. El olvido nos permite recuperarnos de un pasado que nos consumía, por los malos recuerdos. Es este quien no lleva a efectuar procesos para sanar.

Se tuvo participación en el *1 Encuentro de performance INSIDE (2023)*, Antropologías del cuerpo
Usted aquí podrá acceder al registro fotográfico.
José Gómez Ramírez (fotógrafo)



Referencias

- Aguilera, A. (1974). *Se me olvidó otra vez*. WEA Latina
- Barthes, R. (1990). *La cámara lucida*. Editorial Paidós
- Borges, J. L. (1942). *Funes el memorioso*. Sur.
- Calle, S. (2012). *Dolor exquisito*. Banco de la Republica.
- Carroll, L. (2004). *A través del espejo*. Ediciones del Sur.
- Diccionario Etimológico de la Mitología Griega. (Sin fecha). Nombres femeninos. <https://docplayer.es/50097636-Diccionario-etimologico-de-la-mitologia-griega-nombres-femeninos.html>
- Frank, A. (2001). *El diario de Anna Frank*. Pehuén Editores.
- Galeano, E. (2000). *El libro de los abrazos*. Siglo XXI Editores.
- González Suárez, L. (2018). La privación de los recuerdos durante la noche oscura de la memoria, en la mística de San Juan de la Cruz. *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu*, 60(170), 81-122. <https://www.redalyc.org/journal/3435/343559778004/html/>
- Isaacs, J. (1988). *Maria*. Ex Libris.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Nolan, C. (Director) (2000). *Memento* [Película]. Newmarket Films, Team Todd.
- Real Academia Española (2023). *Memoria*. En *Diccionario de la Lengua Española*. <https://dle.rae.es/memoria>
- Ricœur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.

- Agustín. (2010). *Confesiones*. Editorial Gredos.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Paidós.
- Yates, F. A. (2011). *El arte de la memoria*. Ediciones Siruel

Bibliografía

Borges, J. L. (1942). Funes el memorioso. Buenos Aires: Sur.
Diccionario Etimológico de la Mitología Griega: nombres femeninos (s.f.). <https://docplayer.es/50097636-Diccionario-etimologico-de-la-mitologia-griega-nombres-femeninos.html>
Nolan, C. (Director) (2000). Memento [Película]. Newmarket Films, Team Todd.
Halbwachs, M. (2004). La memoria colectiva. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI Editores.
Ricoeur, P. (2004). La memoria, la historia, el olvido. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
Todorov, T. (2008). Los abusos de la memoria. Barcelona: Paidós.
Yates, F. A. (2011). El arte de la memoria. Madrid: Ediciones Siruela.

Referencias adicionales

González Suárez, L. (2018). La privación de los recuerdos durante la noche oscura de la memoria, en la mística de San Juan de la Cruz. Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu, 60(170), 81-122. [https://www.redalyc.org/journal/3435/343559778004/html/RealAcademiaEspañola\(s.f.\).Memoria.https://dle.rae.es/memoria](https://www.redalyc.org/journal/3435/343559778004/html/RealAcademiaEspañola(s.f.).Memoria.https://dle.rae.es/memoria)

